

LO SIENTO, TÍO

Todas las Nochebuenas, después de la cena, Martín le regalaba a Rosita un frasco de perfume. Ella retiraba con cuidado el envoltorio y la protección de celofán y después levantaba la tapa para olerlo con los ojos entornados. Luego lo volvía a cerrar para usarlo, decía, en alguna ocasión especial, aunque a pesar del transcurso de los años, esa ocasión especial jamás llegó. Conservaba intactos todos los frascos de perfume que le había regalado Martín a lo largo de muchas Nochebuenas sobre una repisa de cristal del cuarto de baño y no permitía que el polvo se acumulara sobre ellos. Pero esto, en gran parte, es cosa del pasado. Ahora ya no hacen el amor cada vez que él va al piso de Rosita y ella no limpia los frascos, ni los destapa para aspirar su aroma cuando se los entrega Martín. Tampoco él compra ya los perfumes en las tiendas de la calle de Velázquez, sino en los puestos que ponen en el suelo los africanos en las calles aledañas al Corte Inglés.

Eso es lo que se disponía a hacer Martín esta misma mañana, la mañana de un día de Nochebuena, comprar un bonito frasco de perfume francés de imitación. Sin embargo, cuando llegaba a los puestos, apareció la policía y los manteros echaron a correr en desbandada con su mercancía a la espalda, recogida en grandes hatos. Uno de ellos arrolló a Martín sin que él se diera cuenta siquiera de que se le echaba encima y en menos de un segundo cayó al suelo y perdió el conocimiento.

Unas horas más tarde, Enzi Emtawa se presentó en el box de la unidad de urgencias donde Martín esperaba sentado en una camilla. Enzi es un tanzano de unos dos metros de altura y más de cien kilos de peso, que por eso mismo, por su tamaño, tuvo que pagar mucho más que su amigo Engué cuando cruzó el Mediterráneo en patera.

–Lo siento, tío –dijo–. Y después, tras una señal de Martín con la mano, se sentó en una silla de acompañante.

–Así que fuiste tú –le contestó casi sin mirarlo, porque tenía puesto un collarín que apenas le permitía mover el cuello–. En vez de sentirlo tanto, tenías que haber tenido más cuidado –añadió.

Estuvieron un momento sin hablar, hasta que Martín, conmovido por el gesto de abatimiento de Enzi, rompió el silencio diciéndole que no se preocupara, que no había

sido nada y que en cuanto tuvieran los resultados de las pruebas, le darían el alta. Y como Enzi le dedicó una enorme sonrisa, Martín se animó a conversar con él para matar el rato.

Entonces le habló de Rosita. De que siempre pasaban la Nochebuena juntos desde hacía más de veinticinco años. Rosita no tenía familia que la quisiera, así que esa velada se la dedicaba a Martín por completo. Siempre le reservaba una sorpresa, a veces en el menú, quizá algo nuevo en la casa o en ella misma o preparaba algo diferente para su larga noche de amor. Martín, además, disfrutaba de esa fecha haciendo rabiar a sus hermanas. Cada año declinaba su invitación de cenar con ellas y asistir luego a la misa del gallo y ellas le reprochaban airadamente que prefiriese pasar la Nochebuena con Rosita, a quien ellas siempre llamaban “tu mantenida”.

Mientras le contaba estas cosas, le pareció ver en el rostro de Enzi la misma expresión de atención e interés que había advertido tantas veces antes en el semblante de Rosita cuando él le hablaba y al observar este gesto, que le resultaba familiar y complaciente al mismo tiempo, Martín se animó a continuar la charla.

Le preguntó a Enzi que cómo se llamaba y si tenía familia, pero como no respondía, Martín como si pensara en voz alta, dijo que debería llamar a Rosita por teléfono para que no se preocupara, porque en ese momento tendría que estar ya en el piso para cenar con ella como todas las Nochebuenas. En ese momento se le quebró un poco la voz y le contó que Rosita ya no prepara sorpresas, ni tampoco escucha sin pestañear lo que él le cuenta. Volvió a mirar a Enzi a la cara. Ahora la mente de Rosita ha enfermado, le dijo, se estruja las manos como las personas que han perdido la calma, mira al televisor apagado cuando él está en la casa y parece encontrarse más a gusto si está sola o con la chica que la cuida, que no sabe ni una palabra de español, y que no harán sino mirarse la una a la otra. Si esta noche fuera al piso, se besarían sólo para saludarse y para despedirse y sus besos serían tan fríos como la noche.

Cuando Enzi notó que a Martín se le ensombrecían los ojos después de contarle todo esto, puso la mano en su hombro y le dijo, “lo siento, tío”.

Martín dejó de hablar y sus ojos se entretuvieron observando el ribete de la sábana que cubría la camilla, pero no marcó el número de Rosita. Enzi miraba de soslayo el

teléfono móvil que sostenía Martín en la mano. Cuando éste se dio cuenta, le preguntó si quería llamar a alguien y se lo acercó.

Enzi llamó a su amigo Engué y le dijo que cenaran sin él, que no podía ir y aunque Engué insistió en que fuera, que todos le estaban esperando, volvió a decir con un tono más airado que empezaran ya, que él iría cuando pudiera. Martín no se sorprendió por lo que Enzi decía, de hecho ni él ni nadie en los box de urgencias podría haber entendido esa conversación. Enzi se despidió con dos palabras “Krismani njema”, que es como se dice “Feliz Navidad” en suajili, el único idioma que Enzi Emtawa habla y entiende. O tal vez no, porque Engué le ha enseñado a decir “buenos días”, “barato” y “gracias” y a que si oye la palabra “policía” tiene que salir corriendo. Y algo más, ese día Engué, antes de que fuera a visitar a Martín, le enseñó a decir “lo siento, tío”.